

## AGENDA CIUDADANA

### PRI 2002 O LA DESUNION DE LO NUNCA UNIDO Lorenzo Meyer

**Dos Caras de una Misma Moneda.**- Es posible que tras leer el título de este artículo, alguien dude de su adecuación a la realidad y propusiera sustituirlo por “el PRI 2002 o la desunión de lo que antaño sí estaba unido”. Sin embargo, a ese hipotético lector se le puede argumentar que si bien hasta que empezó a perder el poder el viejo partido de Estado fue “la unión de lo desunido” --una caparazón autoritaria que protegía a la vez que encerraba y contenía los fuertes impulsos centrífugos de sus componentes— hoy ya perdió la esencia de su unidad. Tras la pérdida de la presidencia, lo que siempre había estado fragmentado en la base se ha desunido incluso a su nivel más alto. Desde luego que también se puede argumentar que las dos visiones no son excluyentes, sino complementarias. En efecto, por un lado y para propósitos electorales, la unidad priísta fue por mucho tiempo algo real, pero por el otro, siempre se trató de una unidad impuesta desde la cúpula pues en la base no había elementos suficientes para mantenerla. Así, la visión del PRI histórico como una falange disciplinada y arrolladora o la opuesta, como una arena de lucha de todos contra todos apenas contenida por una fuerza superior, son dos caras de una misma moneda, y elegir una o la otra depende del objetivo y nivel del análisis.

En el pasado y de cara al exterior, el PRI y sus antecesores –PNR y PRM--, siempre buscaron presentarse como partidos altamente disciplinados y sólidamente unidos en torno a esa serie de valores y principios que, se suponía, conformaban la “ideología de la Revolución Mexicana”, pero la definición práctica

de esa ideología dependía casi por entero de la voluntad de un líder único, incuestionable e inapelable, que también controlaba todo el aparato del Estado. En contraste, hoy, y tras las elecciones internas del pasado 24 de febrero, es evidente que el PRI es un partido que ya no puede ocultar que está, literalmente, partido, y que dentro de cada una de esas partes, hay otras divisiones. Ahora bien, esa desunión no es algo nuevo sino un fenómeno que estaba ahí desde el origen, aunque un tanto oculta por el velo del poder central. En efecto, el otrora gran partido de Estado –ese que de tan grande y similar al aparato estatal casi no era partido sino el todo--, siempre fue una amalgama de grupos e intereses en lucha unos contra los otros pero que se mantuvieron unidos por la fuerza del “Jefe Máximo” (Calles) o del presidencialismo que le sustituyó. En efecto, de puertas hacia afuera, todos los sectores y organizaciones priístas decían obedecer a un sólo impulso y tener una sola voluntad; sin embargo, hacia adentro, siempre dominó la rebatiña, el conflicto y la contradicción: la lucha feroz por el botín en un sistema donde nadie les podía exigir cuentas. Hoy, lo nuevo es que la transformación del sistema político en su conjunto, ha disminuido el botín y ampliado las ventanas para que la sociedad sea testigo del conflicto de siempre que, sin árbitro efectivo, es un espectáculo escandaloso.

La Unidad.- La búsqueda de la unidad política de lo que hoy es nuestro país, se puede remontar a siglos atrás y a una multitud de circunstancias. Sin embargo, en el México independiente, la tan deseada unidad nacional sólo se logró tras la restauración de la República con Benito Juárez (1867) y se consolidó con la dictadura liberal de Porfirio Díaz (1877-1911), verdadero creador del Estado Mexicano. Natural e inevitablemente, la Revolución de 1910 hizo volar en pedazos

la unidad de ese primer Estado y casi la de la nación misma, pues las regiones volvieron a ser el actor principal del drama político. Sin embargo, una vez pasado lo peor de la guerra civil, el impulso a recrear la entidad centralizada del pasado, se hizo irresistible. Para conseguirla, la revolución primero eliminó políticamente al viejo régimen y acto seguido a dos de las tres alas revolucionarias --a la zapatista y a la villista— para así concentrar el poder en la carrancista. Dentro de ese carrancismo hubo, a su vez, otro proceso de eliminación que resultó casi tan violento como los anteriores --asesinatos de Carranza, Serrano y Gómez, rebeliones delahuertista y escobarista, etcétera— pero que desembocó en un avance cualitativo cuando en 1929 surgió ese partido único, de Estado, con el que había soñado ya una fracción del porfirismo pero que nunca pudo hacer realidad: el PNR que evolucionó hasta convertirse en PRI. En suma, en materia de unidad y centralización políticas, la Revolución Mexicana perfeccionó lo que el régimen anterior había iniciado.

La unidad del gran partido de Estado aumentó cuando Cárdenas institucionalizó la supremacía del presidente en sus asuntos internos, por encima de cualquier otra instancia. Y la marcha imparable hacia la unidad de mando avanzó enormidades cuando los desafíos internos al presidencialismo fueron derrotados en los casos de los generales Juan Andrew Almazán y Miguel Henríquez (1940 y 1952) y los de Ezequiel Padilla, Carlos Madrazo y Cuauhtémoc Cárdenas (1946, 1965 y 1987). La última gran victoria de la disciplina partidista a toda costa fue la de Carlos Salinas, que en aras de su proyecto particular, hizo renunciar a más gobernadores de lo que era habitual, pero, sobre todo, obligó al PRI aceptar en favor del PAN la pérdida, por primera vez en su historia, de varias

gubernaturas (Baja California, Guanajuato y Chihuahua) y de un buen número de gobiernos municipales, aunque a cambio usó todo su poder para limitar el avance del otro adversario del PRI, el de izquierda, el PRD.

Fue justo al final del salinismo cuando la unidad priísta impuesta desde arriba empezó a quebrarse. El candidato presidencial designado por Salinas fue asesinado sin que se pudiera castigar a los auténticos responsables. Y ya bajo el gobierno inesperado de Ernesto Zedillo, se multiplicaron los desafíos de la oligarquía priísta al presidente: Roberto Madrazo, el gobernador de Tabasco, pudo resistir con éxito el intento de sacarlo de su feudo; otros gobernadores, como Manuel Bartlett de Puebla y Víctor Cervera Pacheco de Yucatán, se mostraron más independientes de lo que el viejo presidencialismo hubiera tolerado. Zedillo pudo seguir quitando y poniendo a los presidentes del PRI, como era la costumbre, pero la asamblea de ese partido logró modificar, en contra de la voluntad presidencial, algunos puntos sus reglas internas del juego. De todas formas, aunque disminuida su autoridad como jefe nato del PRI, Zedillo logró imponer a su candidato presidencial y luego controlar los instintos de su partido el 2 de julio del 2000, y obligarle a entregar el poder sin llegar a la resistencia numantina que alguna vez había prometido uno de los priístas más puros de la historia: el líder sindical Fidel Velázquez (“a balazos llegamos, a balazos nos iremos”). Unidad hasta el final.

La Desunión Permanente.- Ahora la otra cara de la moneda. El PRI nació como un partido de partidos. En el origen fueron centenares de esas organizaciones las que acudieron al llamado del general Calles y le dieron forma al partido de Estado original. Más tarde esos partidos desaparecieron pero eso no

significó superar las divisiones, sino al contrario, institucionalizarlas. El presidente Lázaro Cárdenas reconstruyó al partido en base a cuatro sectores – campesino, obrero, popular y militar— que deberían permanecer por siempre separados (por eso impidió que la CTM de Vicente Lombardo Toledano organizara sindicatos campesinos), cada uno con su propia dinámica y sólo en la cúpula podían tener algún tipo de relación, pero siempre supervisada por la omnipotente y omnipresente figura presidencial.

El sector militar desapareció pronto, pero los otros tres permanecen hasta hoy. Y dentro de cada uno de ellos la división y la competencia interna por los puestos de elección y los cargos en la estructura estatal, fue la tónica. Tomemos por ejemplo el caso de los sindicatos. La CTM nació en 1936 en conflicto abierto con la CROM, que originalmente ni siquiera fue incluida como parte del sector obrero del PRM, pero cuando finalmente se incorporó al partido, su dirigencia mantuvo su distancia frente a su antigua rival, como también la mantuvo la de la CROC (formada en 1952) y, desde luego, las de los grandes sindicatos – petroleros, electricistas, mineros, telefonistas, etcétera—, siempre celosas de su autonomía. El sector campesino –la CNC— fue más homogéneo y por un tiempo la única organización priísta en el campo, pero con los años también surgieron rivalidades y fragmentaciones, como lo mostró la Central Campesina Independiente. Desde el inicio, el sector popular se caracterizó por su heterogeneidad, y la CNOP (fundada en 1943) incluyó dentro de su gran paraguas lo mismo a empleados públicos que a vendedores, pequeños comerciantes y organizaciones de profesionistas, es decir, intereses que de tan diversos hacen difícil encontrar un común denominador fuerte.

El PRI fue concebido no como un partido, sino como el todo político, por ello resultó inevitable que la verdadera lucha por el poder se diera e institucionalizara dentro de él y no entre ese partido y sus rivales, pues estos últimos resultaron siempre actores marginales o meras comparsas del proceso político real. En efecto, a partir de 1929, no fue en las urnas donde se ganaban o perdían la presidencia, la gubernatura, la senaduría, la diputación o la presidencia municipal, sino en la etapa previa: la de la selección interna de candidatos. Y en ese espacio cerrado la lucha era –y sigue siendo, como acaba de quedar demostrado— la propia de un todos contra todos. Cada sector, y dentro del sector, sus organizaciones más importantes, son arenas donde se disputan las posiciones. De igual manera, las dirigencias de cada sector y las de los grandes grupos políticos formados alrededor de un líder fuerte –Isidro Fabela, Carlos Hank González o, en la actualidad, Roberto Madrazo, por citar sólo algunos nombres-- se disputan con igual ferocidad la proporción de candidaturas y de posiciones dentro del todo disponible.

Hasta antes de julio del 2000, en la lucha interna y sistemática por los despojos –para usar un término acuñado por la ciencia política anglosajona— en que se convirtieron la administración pública y los poderes legislativo y judicial, el presidente de la República jugaba siempre el delicado papel de árbitro y juez final; el PRI y la Secretaría de Gobernación mandaban emisarios y agentes a conocer, sobre el terreno, la naturaleza y fuerza de los intereses en pugna para auxiliar a quien tomaba la decisión final. Los perdedores podían hacer saber su disgusto, pero dentro de límites estrechos, y raras veces se rebelaban pues las

reglas del sistema hacían más redituable esperar a la siguiente ronda del reparto que romper con el partido, con el presidente y el sistema.

El 2000.- Cuando el líder máximo del PRI dejó de residir en Los Pinos y ya no dispuso del gran aparato del Estado para castigar o recompensar perdió casi todo su poder y el partido entró en la fase actual: una caracterizada por lo abierto de la disputa entre los grupos con un arbitraje casi inexistente. Los despojos que hoy se arrebatan los priístas, no dejan de ser importantes: el subsidio del IFE, las candidaturas y las posiciones en la administración local de un buen número de estados pero, sobre todo, la posibilidad de que Roberto Madrazo recupere en el 2006 la presidencia para el PRI. Ahora gana o al menos se impone, no el que tiene el favor del presidente de la República, sino el que mejor combina todas las trampas del pasado con la movilización de lo que queda del viejo México político --y aún queda mucho--, donde lo importante no es el individuo como ciudadano independiente y libre en su elección --el ideal democrático--, sino el individuo como número, como miembro de un grupo o corporación de carácter popular -- que lo mismo puede ser una organización de colonos, que una de vendedores ambulantes, un sindicato o un ejido— y, por tanto, como parte de una fuerza de choque.

Para Concluir.- El gran problema para el PRI está en el hecho de que cada vez hay menos mexicanos del corte tradicional y cada vez serán más los de tipo nuevo: los ciudadanos, que difícilmente tolerarán espectáculos tan del pasado como el del 24 de febrero. El gran problema para México, es que aún no existe el número de ciudadanos suficiente como para convertir en historia a un PRI que,

**tras 73 años y un cambio de régimen, sigue fiel a sus orígenes y, por lo mismo, refractario a la cultura cívica democrática.**